

# Sobre hombres y perros

Oscar R. Campos



Image not found.

## Capítulo 1

Samy tenía esa extraña costumbre de mirar hacia un punto que a Martín le provocaba cierto desasosiego, un extraño sentimiento de compañía. Sólo Dios podía saber qué estaría mirando el pequeño animal. Tras fijar sus ojos marrones, movía la cabeza lentamente como si alguien balanceara con suavidad un péndulo ante su mirada. De vez en cuando olisqueaba el aire y seguía con la mirada ese algo mientras su cabeza seguía moviéndose. Luego, al cabo de unos segundos o minutos, volvía a ser el buen perro de siempre. Cuando esto sucedía, Martín le dejaba hacer hasta que creía conveniente parar o el nivel de desasosiego crecía. Martín tiró de la correa. El gesto de autoridad hizo efecto y el pequeño animal prestó atención a su dueño y, olvidando lo demás, a continuación se acercó a un matorral y orinó.

Eran cerca de las diez de la noche, el último paseo para Samy y un momento de tranquilidad para Martín. Seguramente, pensó él, para ambos, aunque nunca vio en Samy signo alguno de estrés o ansiedad.

Martín agradecía esos minutos de paz y calma. Su barrio era particularmente tranquilo a esas horas y el frío de la noche hacía que todos buscaran el refugio cálido del hogar. Alicia nunca quería salir después de la cena para pasear a Samy, pero él disfrutaba cruzándose con personas que, como él, paseaban con sus perros o esperaban pacientemente a que estos terminaran sus tareas. Además, estaba la chica.

Sandra era una muchacha -pensó en esa palabra, muchacha, sabiéndose de repente muy mayor- con la que coincidía casi todas las noches. Ella salía con su setter -un precioso perro marrón con el pelo más brillante que había visto nunca- y pasaban un rato charlando de banalidades mientras Samy y el setter, cuyo nombre desconocía, jugueteaban en torno a matorrales y árboles a su alrededor. De vez en cuando, alguien se unía al pequeño grupo, pero era poco habitual. Sandra y él, pensaba, habían creado cierta intimidad en torno a ese momento, cada noche que se cruzaban en el parque y charlaban.

Tenía 38 años y Martín, casado desde hacía más de cinco, seguía considerándose joven y, de un modo algo ilusorio, atractivo. Incluso para una veinteañera como Sandra, a la que veía como un objetivo cercano. Posible, se decía. Su matrimonio parecía acabado tras un lustro de lo que él definía como "amistoso compañerismo". Sí, hacía tiempo había llegado a la conclusión de que Alicia y él eran buenos amigos, a veces ni siquiera eso, pero se soportaban mutuamente en la convivencia diaria y eso tenía cierto interés. De algún modo que ni recordaba, ambos habían llegado al

acuerdo tácito de no ser padres. Simplemente, debieron pensar que no merecía la pena.

Llevaba tiempo fantaseando con la idea de ser infiel a Alicia y, casi a diario, pensaba que lo haría tarde o temprano. Incluso planeó el modo de hacerlo: en qué hotel, entre qué horas y con quién. El quién siempre era lo complicado. No dudaba que tenía oportunidades con desconocidas o con compañeras de trabajo, pero en sus fantasías se mostraba final e inevitablemente el rostro y el cuerpo de Sandra.

La imaginaba desnuda en la cama de un hotel, tumbada con las piernas abiertas y una mirada de obsesiva sexualidad. Se imaginaba a sí mismo de pie ante ella, a los pies de la cama, también desnudo y con la fuerza de un animal.

Miró el reloj. Eran las diez y media pasadas y Sandra no aparecía. Se dijo a sí mismo que podría esperar un poco más, aunque el frío empezó a ser más intenso. Imaginó las preguntas que Alicia le haría al volver a casa. Se imaginó un par de respuestas: Samy estaba jugando con otro perro, no quería arruinarle un momento así o "he conocido a otra mujer, te dejo, Alicia, me voy con ella, ella sabrá valorar lo que soy".

A su alrededor, el parque estaba más vacío que de costumbre. A esa hora, otras noches el lugar bullía de perros y dueños terminando la jornada.

Esperó unos minutos más y después pensó que aquello era una estupidez. Ella no aparecería esa noche.

La oscuridad le envolvía como un delicado velo. Enseguida notó el calor de la calefacción que golpeó su rostro frío. Encendió la luz del vestíbulo. Alicia debía estar en la cama. Soltó a Samy y éste salió corriendo hacia el salón. Le encantaba el sofá, pero Alicia no permitía que subiera a él. Siempre dejaba pelos en los suaves cojines y Martín debía admitir que aquella era una mala costumbre. Pero esta vez no hizo nada para evitarlo y el animal, triunfante, se acomodó silenciosamente en el sofá.

Martín se asomó a la puerta del dormitorio. Alicia le daba la espalda y parecía dormida. Tenía hambre, no había cenado.

Mientras se preparaba una ensalada en la cocina, escuchó un ruido y se giró.

-¿Te he despertado? Perdona.

Alicia entró en la cocina y se sentó en una silla junto a la mesa donde Martín preparaba su cena.

-No estaba dormida. Te estaba esperando pero me aburría, no hay nada interesante en la televisión.

-Te he dicho que te cojas un libro y leas un par de páginas. Te ayudará a conciliar el sueño.

-No quiero dormir.

Alicia se levantó y salió de la cocina. Martín pensó que era mejor así, que ella volviera a la cama y se durmiera finalmente por cansancio o aburrimiento. Mejor no hablar más. En su mente todavía revoloteaba el sentimiento de frustración provocado por Sandra, o por no verla aquella noche. Entonces se dio cuenta de que deseaba verla, aunque sólo fuese unos minutos en el parque mientras Samy y el setter marrón jugueteaban a su alrededor.

En la pared del pasillo se reflejó la luz de una lámpara. Por algún extraño resorte interior, algo que no sabía descifrar, Martín dejó la ensalada y fue hasta el dormitorio. Alicia estaba sentada sobre la cama. Sus manos se apoyaban a los costados de su cuerpo y sus brazos se estiraban artificialmente mientras su cabeza estaba inclinada hacia adelante, mirando el suelo, en una postura casi espectral.

-¿Has cenado? -preguntó Martín-. Deberías cenar algo. O vemos un poco la televisión.

Ella no contestó. Por toda respuesta ella levantó la cabeza hacia lo alto y respiró profundamente. De nuevo, pensó Martín, un gesto casi espectral.

-¿Qué pasa?

Pudo ser la pregunta en sí o el tono con que hizo la pregunta, pero algo provocó en Alicia un gesto de desprecio al tiempo que giraba un poco la cabeza y miraba a Martín.

-Da igual -dijo ella. Entró en la cama y, antes de apagar la luz, Martín pudo ver su sexo bajo el camisón.

Volvió a la cocina. Pensó en añadir nueces a la ensalada.

Miraba su taza de café -negro, cargado, dos cucharadas de azúcar- y se preguntaba quién descubrió que de la mezcla de esos granos negros y marrones debidamente molidos y agua caliente surgía ese brebaje maravilloso. Para qué y por qué haría esa mezcla. Martín pensó que, fuese quien fuese y por las razones que tuviera, aquel hombre era un genio. Un genio tristemente olvidado, un hombre asombroso.

En la radio sonaba la voz matutina de las noticias. Martín no escuchaba, pero le gustaba oír la voz de fondo. Cualquier cosa que pudiera interferir en sus pensamientos.

Alicia estaba en la ducha. Se había levantado de mal humor y Martín pensó que no podía recriminárselo. Durante la noche, a una hora que no supo determinar, ella se acercó a él en la cama y comenzó a tocar su cuerpo. Ella asió su pene con delicadeza y con movimientos pausados lo masturbó durante unos segundos, hasta que Martín se giró y dijo algo acerca de la hora. Escuchó que Alicia suspiraba y se durmió.

No sentía culpabilidad alguna. No sentía que tuviera que hacerlo obligatoriamente, satisfacer el deseo -fuese sexual o romántico- de su mujer, hacer el amor en medio de la madrugada sin pasión ni deseo sólo porque ella quisiera hacerlo. Pero la entendía, entendía que Alicia hiciera aquello, aunque cada vez en menos ocasiones: llevaban varios meses casi sin tocarse. Martín pensó en la última vez que hicieron el amor y no lo recordó. En su mente se difuminaban las escenas de sexo como una película antigua. No lo echaba de menos. Al menos no con ella. Durante ese tiempo había adquirido una rutina de autosatisfacción y eso le mantenía tranquilo y medianamente satisfecho. Martín no necesitaba a su esposa, aunque seguía pareciéndole atractiva. A sus treinta y seis años, Alicia tenía una figura espléndida y extraña en una mujer de su edad. Martín, por alguna razón indeterminada, no sentía excitación al verla desnuda. Quizá fuese la costumbre, pensaba. Sin embargo, la mirada de Alicia, sus ojos y el arco sumamente delicado de sus cejas y sus labios - gruesos, blandos, sugerentes-, le imprimían un particular atractivo que Martín sí apreciaba y valoraba. Sin embargo, pensaba, qué me atrae de ella. Nada, se respondía, ya nada.

Terminó el café y fue al dormitorio a vestirse. A los pocos minutos, Alicia apareció. Seguía desnuda. Martín siguió vistiéndose dando la espalda a su esposa. Alicia se acercó a él y le tocó en la espalda con una mano aún húmeda que dejó unas manchas de agua en la camisa. Martín siguió ignorándola y ella notó su desprecio. No retiró la mano inmediatamente. Siguió acariciando la espalda de su marido y un surco se fue secando en la camisa mientras ella decidió resignarse.

Salió del dormitorio y se encerró en el baño de nuevo. Martín, ya vestido, cogió su maletín y salió de casa. Llegaría con tiempo a la oficina. Aún tendría tiempo para tomarse otro café.

Carmen era mayor que él, pero no mucho. Nunca se lo preguntó, pero calculó que debía estar en torno a los cuarenta y dos años, tal vez algo menos. Era atractiva, a su manera, peculiar con su pelo rojo apagado que teñía cada poco tiempo, su rostro redondo, siempre sonriente, la mirada agitada y ese cuerpo sugerente y extrañamente atractivo que suelen tener las mujeres que no son delgadas pero a las que tampoco se puede considerar obesas.

Aunque Martín llevaba nueve años en esa empresa, apenas había reparado en la presencia de Carmen hasta varios meses antes, cuando algún responsable decidió cambiar la configuración de la oficina y Martín fue situado junto a Carmen en un extraño movimiento de departamentos y secciones.

Pronto vio que era fácil tratar con ella. Era habladora, pero no resultaba pesada, y continuamente se ofrecía a realizar alguna labor que Martín pudiera delegar en ella. Éste no dudaba en devolver el favor a su compañera y desde el primer día salían a fumar juntos y a tomar café a media mañana. Carmen confió pronto en él y Martín descubrió que sabía escuchar cuando se lo proponía, o cuando encontraba algún objeto de interés ante él. Carmen le hablaba de su matrimonio, roto tras seis años, y él la consolaba de la mejor manera que podía. Nunca la vio como candidata, pero no pasaba por alto la extraña sexualidad que desprendía su compañera.

Por eso, aquella mañana se sorprendió al sentir que su ánimo mejoraba considerablemente al entrar en la oficina y verla ya situada en su puesto.

-Buenos días, Carmen -dijo él, sonriente-. Qué pronto has venido hoy.

-Buenos días -respondió ella. Su sonrisa se mostró brillante-. Quiero salir antes, o me he caído de la cama, aún no estoy segura -y su sonrisa se mostró aún más brillante y ante la mirada de Martín los ojos oscuros de su compañera levitaron como pequeñas estrellas.

Entonces vio la posibilidad real en esa expresión, en la mirada ambigua que Martín interpretó y dio forma en una única palabra: fóllame. Sí, sería ella, lo decidió al instante. Aún no sabía cómo, pero ella lo sabría de alguna manera y casi instantáneamente la vio tumbada en una cama,

bella y soberbia, abierta de piernas para él.

Sandra era una hermosa joven. Veintitrés años. Solía llevar su larga melena negra recogida en una coleta que hacía que uno centrara la atención en su rostro. Era un rostro bellamente dibujado. Su nariz, pequeña, estaba moteada de claras pecas que no desviaban el interés de los estéticos arcos que dibujaban sus ojos, marrones, grandes, coronados por unas cejas delineadas con esmero. Sus labios eran carnosos, casi infantiles. Su cuerpo era esbelto, digno de apreciar, bello.

Martín desvió la mirada y preguntó algo acerca de un gimnasio. Sandra parecía despistada y él repitió la pregunta:

-¿Vienes del gimnasio?

Esa noche, Sandra estaba distante, nada que ver con otras ocasiones en las que la joven se mostraba abierta y espontánea. En esas ocasiones, Martín se decía que era una mujer de la que era tan fácil enamorarse. Siempre abierta, nunca desdeñaba un gesto amistoso y su carácter natural -tan alejado de Alicia, se dijo- era contagioso.

-Sí -ella reaccionó mostrando una leve sonrisa -. Intento ir todos los días, pero ya sabes.

-Lo he imaginado por tu ropa -y señaló con un gesto de la mano los ajustados pantalones y las zapatillas de deporte. Enseguida se sintió estúpido y, como un gesto que le salvara, llamó a Samy. Éste ignoró a su dueño y siguió jugueteando con el setter marrón a unos metros de distancia.

Martín no lo intentó de nuevo.

-¿Estás bien?- preguntó a la chica.

Aquella pregunta adquiría un matiz personal, una línea íntima que nunca había sobrepasado -quién habla de intimidades con un desconocido-, y esperó instantáneamente a que ella le recriminara el atrevimiento. Pero no lo hizo.

-Sí, estoy bien. Algo cansada.

Martín dudó. ¿Sería buena idea si insistiera un poco más, si quisiera ahondar en aquello que pudiera preocuparla? Ella estaba seria, tenía los brazos cruzados sobre el pecho y miraba hacia todas partes sin prestar

atención a nada.

-No quiero meterme donde no me llaman -dijo a modo de exculpatoria introducción-, pero si hay algo que te preocupe o tienes algún problema y quieres hablar, puedes sentirte segura conmigo. Ya sabes, sólo por hablar, nada más... Aunque no soy muy bueno dando consejos.

Ella le miró con sus grandes ojos marrones.

-Gracias, eres un encanto -y sonrió nuevamente hacia él.

Ella le habló de un chico, un novio suyo o un amigo especial. No era nada serio ni nada que tuviera que preocuparla en exceso, dijo. Se veían cada una o dos semanas, la mayoría de las veces sólo se veían un par de horas en esos intervalos de tiempo y sólo hacían el amor. Aunque hablaban y se contaban cosas, parecía que sólo se vieran con esa intención. Sin embargo, con el tiempo ella empezó a sentir algo más por el chico. Pero éste no parecía corresponder a esos sentimientos, parecía conforme con cómo se desarrollaba aquello. Sólo sexo, dijo ella, no quería nada más. Estaba pensando en dejar de verlo.

-Pensarás que soy una idiota -le dijo-, una quinceañera tonta.

-No -respondió él con total sinceridad-. No, Sandra, no eres nada de eso.

En muy raras ocasiones pronunciaba su nombre. En aquella ocasión, quizá debido a esa franja de su intimidad que ella le había permitido ver, sintió una calidez especial, un acercamiento casi espiritual con la joven.

Martín le habló de una ocasión en que él, hacía muchos años, despreció a una chica sólo porque había conocido a otra. La chica le trataba bien y estaba enamorada de él. Pero él prefirió a la otra. Nunca más volvió a ver a la primera, y muchos años más tarde a veces la recordaba, sintiéndose mal por lo que hizo a esa chica que simplemente estaba enamorada.

-Algún día ese capullo sentirá lo mismo -dijo- y, créeme, no es agradable.

Sandra, en un gesto de agradecimiento por sus palabras, le regaló la más perfecta de las sonrisas, una sonrisa alegre y honesta que mostraba unos dientes blancos y cuidados, mientras sus labios se torneaban en una curva preciosa.

-Ese chico se pierde a una mujer increíble.

Su mano se había posado en la espalda de la chica. En un primer momento, Sandra no hizo nada, pero con un gesto sutil se apartó un poco de él y dio unos pasos para alejarse. Martín no sintió que la hubiera



molestado, al contrario, sabía que podía consolarla aún más.

-Ojalá pudiera hacerte ver lo hermosa que eres y lo estúpido que es cualquier hombre que no te mire como te miro yo.

Sandra había seguido alejándose. A unos metros de distancia, entre los árboles, Samy y el setter seguían con su particular juego de persecuciones y huidas.

Martín siguió a Sandra, quería decir más cosas, sentía que debía hacerlo y que aquel era el momento perfecto ahora que ella le había permitido una entrada a su mundo. No tuvo miedo, no le haría daño, sólo le diría lo que nunca se había atrevido a decir.

-Sandra -dijo-, ¿entiendes lo que quiero hacerte entender?

La muchacha no se detuvo y siguió caminando hacia el lugar donde los perros jugaban. Llamó al setter marrón y éste fue a ella agitando su larga cola.

-Déjalo, ¿quieres? -En su voz se discernía contrariedad y un poso de angustia.

Martín caminó más rápido y la alcanzó justo en el momento en que el setter lo hizo. Martín la cogió de los brazos, hizo que se girara hacia él y la miró con deseo.

-Déjame que te lo enseñe, por favor.

La besó con fuerza mientras ella trataba de alejarlo. La besó con ganas, con amor y con lujuria, intentando que ella abriera su boca, que sabía a melocotón. Cuando él aflojó la presión sobre sus brazos, ella se separó y lo miró con odio y asco.

-¡Qué coño haces, cabrón! -gritó, y sus palabras se oyeron en todo el parque con fuerza, como si retumbaran en unas paredes invisibles -. ¡No te atrevas a hacerlo! ¡Cabrón!

Sandra se marchó. Martín vio cómo se alejaba con rapidez y desaparecía en la oscuridad. Samy había aparecido a su lado y ladró para llamar la atención, pero Martín siguió mirando hacia el punto oscuro por el que Sandra se había introducido.

Pensó por un momento en ir a por ella, seguirla, detenerla en plena calle y disculparse. Pero en realidad no se lamentaba, no se arrepentía de lo que había hecho. Lo que hizo, lo hizo movido por el deseo más puro. No era amor, sino deseo. Deseo puro, necesidad del cuerpo de esa otra persona, de tocarlo y de besar sus labios, deseo que no espera una respuesta del

otro.

Ató la correa de Samy y caminó hacia su casa. Esperó que Alicia estuviera en la cama y no tener que hablar con ella. No lo soportaría, no quería hacerlo. No quería verla. Sólo quería que aquella noche terminara y volver al día siguiente para ver a Sandra.

\*

La casa olía a cena. Alicia estaba en la cocina, escuchó la puerta que se abría y el susurro nervioso de los pasos de Samy sobre el suelo. Seguramente ahora mismo estaría corriendo hacia el sofá, saltando sobre él y mirando triunfante a su alrededor. La puerta se cerró y un ruido de llaves cayendo sobre el pequeño bol del aparador de la entrada anunció la llegada de Martín.

Suspiró esperando que algo fuera bien esa noche. Por su propio bien y por el de Martín, por su matrimonio. Se había casado con el hombre que amaba, pero en los últimos meses algo había sucedido, algo que había entorpecido el curso natural de sus vidas. Pensó, tal vez, que la imposibilidad de tener hijos había influido de manera contundente. ¿Imposibilidad? No, ni siquiera, se dijo, lo habían intentando. Como hace el resto de matrimonios de su edad que buscan la felicidad mutua. Se preguntó si lo amaba.

Martín entró en la cocina. Alicia no lo vio. De haberlo visto, tal vez hubiera tenido tiempo de evitar lo que sucedería a continuación.

Martín se acercó a ella por detrás y la cogió con fuerza de las caderas. Alicia reaccionó soltando un leve grito que se interrumpió cuando sintió la presión creciente de las manos de Martín. Notó enseguida el roce sobre sus nalgas. Ella intentó apartarse.

-Déjame, Martín -dijo-, ¿no ves que estoy cocinando?

Él no respondió. La presión de las manos sobre la cadera de Alicia aumentó y él tiró de ella hacia atrás y hacia un lado, obligándola a que se girara y le mirara. Alicia tiró en dirección opuesta y golpeó con la cazuela que estaba sobre el fuego. Ésta se movió peligrosamente.

-Martín, no quiero hacerlo. Déjame.

Su voz sonó áspera, pero toda la agresividad que podía contener se diluyó ante la fuerza de Martín. Finalmente había conseguido que la mujer se

girara y, soltando sus manos de las caderas, sujetó con ellas la cabeza de Alicia. Martín la miraba con una extraña intensidad.

Ella consiguió articular una pregunta:

-Pero, ¿qué te pasa?

En ningún momento desde el día en que lo conoció se le pasó por la cabeza que Martín pudiera hacer algo así. Con una de sus manos, movido por sólo Dios sabía qué, dio una bofetada en el rostro de Alicia. Ella, amedrentada y sorprendida, le miraba preguntándose qué había pasado.

La cogió del cuello y apretó suavemente. No quería ser agresivo, pero algo le impelía a hacerlo. Haría el amor a su mujer allí mismo, en la cocina, apoyada sobre la encimera mientras ella intentaba resistirse y apartarse de él y gritar. Pero no la dejaría, de ninguna manera. Le haría el amor, se la follaría aunque ella no quisiera.

\*

Sonó el despertador y Martín lo apagó con un golpe certero. Se levantó de la cama vacía y fue al baño. Orinó y se miró en el espejo. Tenía un intenso dolor de cabeza. Luego miró por toda la casa, de habitación en habitación, pero Alicia no estaba. En su dormitorio no estaba su maletín de trabajo y sus llaves habían desaparecido. Habría salido antes de casa. Samy le saludó con una retahíla de gestos y saltos felices cuando entró en la cocina. Mientras esperaba a que se hiciera el café se tomó una pastilla. Recordó la noche anterior.

\*

El dolor de cabeza desapareció a mediodía, pero aún sentía unas nauseas que empezaron por la mañana. Llegó a casa a la hora de siempre, cerca de las siete de la tarde, aunque era viernes y debía haber salido mucho antes. Alicia no estaba. No era lo habitual, ella salía del trabajo antes de las cinco. No la llamó inmediatamente, se dio una ducha rápida y salió con Samy a pasear.

Sandra no estaba. No tenía esperanzas de verla a esa hora. En alguna ocasión había visto a una mujer de mediana edad -¿su madre?- con el

setter marrón, pero fue en ocasiones muy contadas.

Se sentó en un banco del parque y llamó a Alicia. No contestó. Volvió a llamar y esta vez Alicia colgó directamente. Entendía que estuviera enfadada, anoche se comportó como un animal, como un loco. Pero no se torturó con la idea y tuvo cierta sensación de confort al recordar a Alicia cuando él hubo terminado. Ella le gritó durante unos minutos, luego se calmó repentinamente y se encerró en el dormitorio. Él pasó la noche en el pequeño cuarto de invitados que nadie utilizaba.

A las ocho miró el reloj y se levantó. Volvió a casa mientras Samy correteaba alegremente delante de él.

Alicia no había vuelto. Mejor, pensó. Pediría una pizza para cenar.

\*

El setter olisqueaba el suelo. Martín no veía a Sandra. Hacía frío y sintió cómo le entraba por dentro, por debajo de la ropa, y penetraba en su piel. Se sentía mal. Las náuseas habían desaparecido, la razón de su mal era otra. Pensó en lo que había ocurrido la noche anterior y se sintió estúpido. Qué forma de estropearlo todo, se dijo, si hubiera hecho las cosas de otra manera tal vez hubiera tenido una oportunidad. Ahora lo único que podía hacer, si quería arreglar algo, era disculparse y esperar que Sandra entendiera por qué lo hizo.

La vio a unos metros del setter, sentada sobre un banco del parque mientras jugueteaba con el teléfono móvil. Caminó hasta ella y, a una distancia prudente, soltó la correa de Samy. Enseguida, éste salió en busca de su amigo y Sandra le vio.

-Sandra -dijo Martín antes de que ella pudiera decir nada-, déjame que te pida perdón por lo de ayer. No sé por qué hice eso, me siento como un idiota. Por favor, te pido disculpas de verdad.

Ella le miró con la cabeza inclinada hacia arriba. Aquella noche llevaba el pelo suelto y no sujeto en una coleta, como era habitual en ella. Martín pensó que nunca la había visto así, tan natural y bella, incluso a pesar de su rostro serio.

-Si quieres que te perdone tendrás que contarme qué hostias se te pasó por la cabeza -dijo ella. Su tono no resultaba amenazante. Al contrario, pensó Martín, así, circunspecta, la vio aún más hermosa-. ¿Qué te hizo

pensar que quería que me besaras? Dime, ¿te di alguna señal o algo así?

Martín guardó silencio y ella se levantó del banco. Cruzó los brazos sobre su pecho y se limitó a mirar fijamente a Martín.

-No, ni mucho menos -respondió él. Se sentía débil-. No sé qué me pasó, ya te lo he dicho.

Se sintió extremadamente pequeño y sólo quería huir de allí.

-Mira, Martín, si has interpretado mal algo, lo que sea, no es problema mío. Pero ya eres un hombre adulto, deberías saber cuándo alguien quiere algo contigo. Pensaba que eras de otra manera, no sé, más sensato.

Lo era. En ese momento, sin duda, era más sensato que nunca, pero la noche anterior toda esa sensatez, esa claridad, se había esfumado en la oscuridad de un oscura necesidad.

-Supongo -habló lentamente- que me equivoqué por completo. Lo siento mucho, Sandra.

Después le habló de Alicia, algo que no solía hacer, y de su matrimonio errante, de cómo pasaban los días y nada parecía cambiar.

-He pensado en ser infiel a mi mujer-y le habló de Carmen, su compañera de trabajo.

Sandra le escuchó en silencio hasta que terminó y entonces llamó al setter marrón.

-Creo que estás hecho un lío -dijo-, me da pena, pero no vuelvas a equivocarte así, no lo intentes otra vez.

Se marchó y Martín se quedó solo en el parque, mientras Sammy miraba en la distancia como una chica y su perro se alejaban de él.

\*

-¡Eres un hijo de puta!

Sammy los miraba desde el pasillo. Martín pensó que en ese momento ser un sencillo perro no estaba tan mal. Sin duda, Sammy no tenía que sufrir aquello. De vez en cuando una regañina, unos gritos, algún azote para corregir un mal comportamiento; luego volvía la calma y la satisfacción de

una vida plena.

-No saques las cosas de lugar -Martín había decidido defenderse tras un escudo de deferencia cruel -, no ha sido tan grave.

-¡Me pegaste! -gritó ella-, ¡me pegaste! ¡No te lo voy a permitir otra vez, nunca más! ¡Me pegaste y me follaste como a una puta! ¡¿Qué crees que soy?! ¡Me humillaste!

Martín pensó en los vecinos. No era ese tipo de personas que se preocupaban por lo que pudieran pensar los extraños que había al otro lado de las paredes de su hogar, pero en aquel momento pensó que si escuchaba algo así en la casa de los vecinos no le sentaría bien.

-Te quiero, Martín -dijo Alicia, que se había calmado momentáneamente-, no sabes lo que te quiero. Pero algo así no puedo tolerarlo. No puedes tratarme así, pegándome y follándome cuando quieras y como quieras. No volverás a ponerme las manos encima. No te lo mereces, ni yo tampoco.

Se fue hacia el dormitorio y Martín se preguntó si había hecho tan mal las cosas. Sí, seguro, Alicia tenía mal carácter, se enfadaba con facilidad, pero en aquella ocasión él se había equivocado. Sin embargo, no sintió la obligación de pedir perdón. Sandra no había aceptado su perdón, Alicia tampoco lo haría. Ella tenía razones más poderosas para no hacerlo. Al fin y al cabo, él la violó. Reflexionó sobre ese pensamiento. La violó.

Alicia volvió al cabo de unos minutos. Desde el salón, donde seguía sentado, Martín vio cómo dejaba una maleta junto a la puerta. Se había cambiado de ropa y en su rostro se veía una determinación nada propia en ella.

-¿Te vas? -preguntó él.

Alicia se quedó junto a la puerta.

-Esto no tiene sentido -dijo al cabo de unos segundos-. No es sano para nadie. -Tomó una pausa-. No sé cuándo volveré. Pero tengo algo muy claro: te odio, me das asco. Ahora mismo no puedo ni mirarte a la cara porque siento deseos de matarte.

Martín no quería oír eso, o podía haber escuchado esas palabras si fuese otra mujer la que las pronunciara. No Alicia, ella no debía hacerlo. ¿Marcharse? ¿Abandonarlo y rendirse? Martín se sintió durante un momento fuera de la realidad.

-¿Qué te pasa, Martín? Si has hecho algo, si hay otra persona, podría

entenderlo. Pero necesito hablar contigo, que me cuentes qué te pasa.

Martín no respondió. Pensó en Sandra y en Carmen y en todas las mujeres que se habían cruzado en su camino en los últimos años, mujeres con las que podría haber sido infiel y con las que no se atrevió a hacer nada. Pensó en lo estúpido que fue con Sandra, y el rostro y el cuerpo de Carmen se abrió paso en su mente como un torrente y sintió deseos de que Alicia se fuera de casa y ver a Carmen.

-¿Hay alguna mujer? -Alicia lloraba. Martín negó con la cabeza.- Entonces, ¿qué coño te pasa? ¿Por qué me has hecho esto?

-Vete.

No la miró cuando habló. Vio cómo, tras unos pocos segundos, el bulto que había junto a la puerta del salón se movió y, con un ruido de lágrimas y sollozos de fondo, cómo una puerta que se cerraba interrumpía brevemente el silencio de la casa.

Cogió su móvil y marcó el número de Carmen. La convencería para que viniera a casa. Sí, lo haría.

\*

No era una mujer atractiva. Era una mujer sexual, si podía definirse así. Martín la miraba en silencio y ella hablaba.

-No imaginaba esto -decía-, es algo raro, ¿verdad? Se me hace raro.

La había llamado un par de horas antes. Al principio no sabía qué decir. Aunque tenía su número, jamás la había llamado. No había tenido ninguna razón para hacerlo. La veía a diario en la oficina y no tenía necesidad de hablar con ella una vez finalizada la jornada. Cuando por fin supo qué decir, fue directo y claro:

-Ven a mi casa, quiero verte.

Al principio, ella no supo qué decir, estaba confusa ante la inminencia de las palabras de Martín. Ella dijo que era tarde, pero que iría.

Martín miraba su pelo rojizo alborotado, sus pestañas artificiales y sus ojos maquillados, la redondez de sus pómulos y los labios finos que se movían. En algún momento veía surgir un cierto atractivo en la curva de su cuello o en el modo en que se ponía el pelo detrás de un oreja. La

sexualidad inherente y casual resultaba más poderosa cuanto más la observaba. Llevaba un vestido oscuro que definía su cuerpo con naturalidad. Tomaban vino mientras estaban sentados en el sofá. Samy, encerrado en la cocina, dormitaba en silencio.

-Espero que en la oficina no noten nada, quiero decir, no tiene que pasar nada, supongo.

Martín sentía su nerviosismo y le agradaba. Aquello acrecentaba su ardor sexual. La besó y dejó que sus manos llegaran por debajo del vestido hasta las bragas. Mientras su lengua se movía en el interior de la boca de ella, sus dedos apartaban la ropa interior y acariciaban. Ella estaba húmeda. La levantó y la llevó al dormitorio.

Se desnudaron uno frente al otro y Martín miró el cuerpo de ella. Era terriblemente sensual, carnal, repleto de redondeces y excesos. No sintió desagrado, sólo un poco de aprensión. Pero pronto desapareció cuando ella se acercó a él, ya totalmente desnuda, y acarició su pene mientras le besaba. Él se dejó hacer y permitió que sus manos jugaran con los pechos blandos de ella. Se tumbaron en la cama y ella se dirigió a su sexo y se lo introdujo en la boca. Mientras ella lo hacía, Martín miraba el techo de la habitación y se preguntaba si Alicia volvería alguna vez. Aquella noche no, eso parecía seguro. Recordaba las palabras que ella había pronunciado: "te odio, me das asco". Si supiera qué hacía en ese instante, su odio y todo el asco que podía sentir hacia él aumentarían hasta un extremo inimaginable.

El placer fue en aumento. Carmen se entretuvo durante unos minutos jugando con su pene mientras él acariciaba su pelo y sus hombros. Tenía una piel suave y cuidada y le gustaba tocarla. La cogió del pelo y tiró un poco y luego empujó la cabeza hacia abajo. Escuchó un sonido gutural y aflojó la presión. Sí, lo hacía bien, había merecido la pena llamarla. Alicia no hacía esas cosas, no disfrutaba con ellas aunque sabía que a él le gustaría practicarlas. Carmen no era así, lo hacía con placer, el mismo que provocaba.

Así estuvieron durante unos minutos. Luego ella levantó la cabeza y sus labios brillaban de saliva y de carmín.

-¿Te gusta? -preguntó ella.

Él asintió con la cabeza.

-Ven -y la atrajo hacia sí, haciendo que se tumbara en la cama. Abrió sus piernas y un sexo depilado y espléndido, carnoso, se abrió ante él.

-Hacía mucho tiempo que quería follarte -dijo y su mirada brilló y penetró a Carmen con fuerza. Ella gritó, pero enseguida empezó a gemir bajo el



peso de Martín. Él empujaba con fuerza, sentía deseos de hacerlo así. Pensó en Alicia, en su absurda huida, y en Sandra, esa pequeña zorra que no sería suya. Martín cerró los ojos y deseó que el rostro de Carmen y su cuerpo se transformaran en el rostro y el cuerpo de Sandra. Al abrirlos vio cómo Carmen apretaba sus pechos con sus propias manos y escuchó los gemidos de placer que emitía. Sus labios se cerraban y se abrían y la lengua salía indecente de la boca, haciendo que el rostro de Carmen adquiriera un rostro lascivo. Mientras Martín seguía empujando con fuerza, trataba de pensar en Sandra. La imaginaba desnuda, allí con él, gimiendo como gemía esa zorra, esa mujer que corrió para estar con él en la cama. Sandra no era así, no era como ella o como Alicia. Sandra era una mujer excepcional y por primera vez sintió asco de sí mismo.

Miró a Carmen, la analizó con detenimiento y deseó que se marchara. Quiso parar, pero algo le detuvo. Se inclinó sobre ella. Ahora sus caras estaban muy cerca, ella abría la boca y su lengua salía de ella esperando ser lamida. Él lo hizo, la mordió y besó la boca de ella con más fuerza aún. Notaba el roce de los grandes pechos de ella sobre el suyo. Se incorporó levemente y por primera vez en su vida supo qué hacer. Por primera vez dejó que su alma se liberara por completo y se mostrara desnuda.

Estiró los brazos y sus manos se posaron alrededor del cuello de Carmen mientras apretaba suavemente. Ella gimió. Disfrutaba de aquello. La presión fue en aumento y ella gimió aún más. Mostró una sonrisa obscena y abrió los ojos y miró a Martín. Éste apretó un poco más y la sonrisa se fue difuminando en el rostro de Carmen. Ella quería hablar, pero la presión que ejercía Martín sobre su garganta se lo impedía. Comenzó a moverse violentamente bajo el peso de Martín; agitó las piernas en un movimiento desesperado y sus manos se enroscaron en las muñecas de él. La ausencia de oxígeno provocaba que sus ojos se abrieran con sorpresa y que los gemidos fuesen más rudos. Entonces Martín apretó con más intensidad y al cabo de uno o dos minutos el cuerpo de Carmen se quedó inmóvil. Su rostro tenía un extraño color amarillento, sus ojos seguían abiertos y, al contemplarla desnuda desde los pies de la cama, Martín sintió aún más aprensión de su cuerpo.

Salió del dormitorio y entró en el baño. Se duchó en silencio y se preguntó qué debía hacer a continuación. No tenía respuestas. Seguía sin respuestas. Cerró el grifo de la ducha y se secó mientras se miraba en el espejo. Se sentía mayor y su reflejo decía lo mismo. Pensó que costaría mover el cuerpo de Carmen y enseguida se lamentó de lo que había hecho.

